



Feminismo y espiritualidad

Paula Gutiérrez Martínez

Antropóloga. Consultora en interculturalidad y globalización.

María Eugenia Martínez Giraldo

Trabajadora Social Integrante Grupo Mujer y Sociedad.

Con el ánimo de hacer un aporte al No. 28 de la Revista En Otras Palabras: **Los feminismos en perspectiva intergeneracional o Mujeres, feminismos y relaciones intergeneracionales**, iniciamos con anotaciones de algunos textos que hablan sobre la nueva espiritualidad de las mujeres, para continuar con un diálogo entre hermanas, hijas y sobrinas que están buscando su potencialidad personal por estos caminos de la vida¹.

La relación entre los feminismos contemporáneos y las corrientes actuales, centradas en el cultivo de la espiritualidad nos genera, desde hace algún tiempo, una serie de preguntas: ¿Cuáles son las motivaciones de las mujeres para involucrarse en este tipo de prácticas? ¿Tienen relación con una nueva forma de definirnos y hacernos dueñas de nuestras vidas? ¿Qué transformaciones sociales buscan? ¿Están, las nuevas expresiones de la espiritualidad, cuestionando el orden patriarcal o, por el contrario, lo reproducen? ¿Cómo se conciben la feminidad y la masculinidad

desde estas miradas? Y, por último, ¿Se pueden considerar como corrientes feministas?

Jane Shinoda Bolen² identifica tres olas del feminismo: la primera, la generación de las sufragistas: “en 1848, cinco amigas se reunieron alrededor de una mesa para redactar juntas el documento sobre la Primera Declaración de los Derechos de las Mujeres, en Séneca Falls. Dicho documento se convirtió en el punto de partida para lograr la igualdad de las mujeres. Por otra parte, el feminismo político y personal, se incubó durante la Segunda Guerra Mundial. En la década del 70, el feminismo generó una serie de grupos de concienciación sobre el patriarcado y el sexismo, lo que se llamó el Movimiento de Liberación de la Mujer”. Estas dos primeras corrientes, estuvieron centradas en la igualdad política y económica, así como en el reconocimiento y el disfrute de una sexualidad largamente ignorada e, incluso, satanizada por las religiones monoteístas.

A la tercera generación, que es la que acá nos llama la atención, la denomina el feminismo espiritual, se

1 En la conversación intervinieron María Alexandra Colmenares, Carolina Rubiano, María Angélica y Camila Gutiérrez. Todas ellas, como muchas otras ofrecen encuentros y variados ejercicios en este sentido, a través de las redes.

2

centra en la psique de la mujer. Su signo visible es el número creciente de círculos de mujeres fundamentados en una dimensión sagrada. Para Jane, la proliferación de círculos de mujeres, a lo largo y ancho del continente americano, tiene el potencial de irradiar una cultura creativa, como las ondas que se forman al lanzar una piedra a un estanque. Hablar de círculos de mujeres, para nosotras, es solamente una posible expresión de la espiritualidad, entre muchas otras posibles. Si algo que hay que notar dentro de las nuevas espiritualidades, es que no son monolíticas. Por el contrario, son tan múltiples como cada persona quiera serlo.

A lo largo de la historia se han elaborado una gran diversidad de mitos y explicaciones sobre el origen de la vida y el sentido de la existencia humana. La historia de la cultura y las religiones está plagada de imágenes y representaciones que tratan de responder la pregunta por nuestra esencia y el significado de estar en este mundo. Las sociedades están llenas de rituales para transmitir y compartir los enigmas de la vida y de nuestra condición como seres humanos.

Estas representaciones y manifestaciones no han estado siempre dominadas desde la esfera masculina. En el Paleolítico, por ejemplo, encontramos representaciones de las diosas, mujeres poderosas que estaban en la cúspide de la valoración social. En la Edad Media encontramos las brujas que, si bien lo que más se resalta es la persecución a la que fueron sujetas, eran grandes poseedoras de conocimientos de sanación y adivinación. Susana Castellanos en su texto: Diosas, brujas, y vampirizas nos amplía estas imágenes.

En las últimas décadas, hemos visto un resurgimiento y resignificación de corrientes olvidadas que tienen la intencionalidad de responder a algunas de esas eternas preguntas sobre nuestra condición humana. Por ejemplo, ha habido un creciente interés por sacar del olvido a las diosas de diferentes mitologías y convertirlas en arquetipos que explican

la psique femenina, como una forma de construir nuevos referentes frente a la psicología, dominada tradicionalmente por pensadores hombres. A su vez, encontramos algunos estudios arqueológicos de Anne Barrin y Jules Cashfor en su libro: El mito de la diosa, o bien a Reyne Aislan en: El cáliz y la espada. Al respecto, Jane Shinoda Bolen, nos vuelve a decir: “Al saber quiénes son las diosas, las mujeres pueden llegar a ser más conscientes de las potencialidades que hay en ellas, las cuales, una vez reconocidas, son fuente de espiritualidad, sabiduría, compasión y acción”.

Patricia López nos trae la figura simbólica de la metamorfosis de la mariposa para inspirar el sentido de la evolución operada en las mujeres que se dedican a elaborar su propia espiritualidad. “Ese ser aparentemente frágil, es flor con alas capaz de cambiar por completo su estructura genética durante el proceso. El ADN de la oruga ya es diferente cuando se transforma en crisálida y este cambiará de nuevo, pues no será el mismo de la mariposa. Observándolas aprendí que la renovación, a través de la cual dejamos el viejo estado de ser, deber ser profunda y contundente pues implicará soltar la mentalidad, la corporalidad y la emocionalidad que nos sostenía el viejo estado, es decir que, para seguir adelante, hay que estar dispuestas a soltar la identidad que teníamos”.³

En nuestro entorno familiar hemos visto cómo varias mujeres (algunos hombres son tolerantes o practican individualmente algunos ejercicios, otros simplemente ignoran el hecho) se han ido involucrando cada vez más con estas prácticas espirituales y han hecho de ellas un camino de conocimiento y crecimiento personal, e incluso, una oportunidad de actividad económica. Decidimos entablar una conversación con ellas y ellos que nos permitiera explorar las preguntas que nos han estado rondando. Para esta conversación, planteamos cuatro

3 López Caballero Patricia. Bitácora de viaje al alma femenina. El mándala una rosa de los vientos. Planeta. Bogotá. 2021, pg.23

preguntas iniciales: ¿Cómo y por qué se iniciaron en esa búsqueda? ¿Cómo se relaciona esta búsqueda con la formación religiosa que recibieron por parte del colegio y sus familias? ¿Cómo se concibe la feminidad? ¿Cómo se concibe la relación entre la masculinidad y la feminidad?

El interés por hacer parte de estas prácticas es una mezcla entre un llamado personal, muy profundo y primigenio que cada una ha sentido desde muy temprana edad, junto con las invitaciones de diferentes personas de sus círculos cercanos. Es decir, que hay una conexión entre la subjetividad y las redes sociales y de apoyo que se construyen. Aquí vemos más un engranaje entre la subjetividad y el entorno. La espiritualidad es un camino de búsqueda personal que está por fuera de la razón y se remonta al sendero del alma. Es una esfera que, si bien está permeada por nuestras relaciones y nuestro entorno, también los trasciende. Ubica al ser humano más allá de su corporalidad, en ese lugar que llamamos alma, en ese laberinto interior que se conecta ya no solamente con el contexto inmediato, sino con el universo infinito. Y en ese lugar por fuera de lo corpóreo, la dualidad entre lo masculino y lo femenino se diluye y pierde importancia en la construcción de la identidad.

En casi todas las respuestas subyace un deseo de crecimiento personal, de conocimiento de sí mismas, integrando diferentes esferas del ser, el deseo de gestionarse por sí mismas y permitir las pulsaciones de la vida, de reconocer la propia grandeza y la de las demás personas, el querer ser tejedoras de una transformación y crecer como las plantas, buscando la luz y tener las riendas de la propia vida. Si bien en las conversaciones no se mencionó nunca una relación clara y definida con alguna corriente feminista, esta búsqueda de sí mismas para la autodeterminación es una constante en el feminismo. Sin embargo, acá la búsqueda es personal y desde ahí se irradia, a diferencia de otros momentos en los que es más desde la colectividad del ser mujeres.

Por otro lado, la religión y la espiritualidad se conciben como fenómenos opuestos. Se critica el sentimiento de culpabilidad que inculca la religión católica, la institucionalización de la espiritualidad y el pensar que hay un Dios que dispone de nuestra vida y sanciona el mal comportamiento. Por el contrario, las prácticas de la espiritualidad tienen que ver con el encontrar el propio camino, el escudriñar por dentro y romper con las expectativas que la sociedad pone sobre cada una. Esta ruptura con la institucionalidad religiosa, en este caso, no pasa necesariamente por una ruptura con lo aprendido en las familias, pues las generaciones anteriores fueron más laxas con las prácticas católicas de lo que pudo ser la generación de las abuelas, y esto permitió abrirse a estas exploraciones y formas diferentes de manifestar y cultivar la espiritualidad.

Hay otro elemento que llama la atención: en contraste con otras olas y momentos del feminismo, está la relación entre el masculino y el femenino, la cual no es una relación de antagonismo, sino de equilibrio y complementariedad. Si bien hay características asociadas a la feminidad, como la emotividad, la intuición, la conexión y el cuidado y otras asociadas a la masculinidad, como la acción y la ejecución, estas características son innatas a todos los seres humanos, sin importar el sexo biológico con el que han nacido, en tanto lo que se busca encontrar es el equilibrio entre ambos.

Es clara la distancia que toman del feminismo de finales del siglo XX, en cuanto ideario que enfatiza en la victimización y opresión femenina, al igual que la liberación y reconocimiento social. Se identifican rezagos objetivos en las mujeres relacionados con la educación tradicional que incide en la personalidad, por eso hay que trabajarla. El camino de la espiritualidad hace énfasis en las potencialidades, las oportunidades y la energía que cada ser humano busca incorporar y hacer crecer en su propia vida.

Por otro lado, como ya lo habíamos mencionado brevemente, el binarismo no es motivo de preocupación, el ser humano va mucho más allá de la sexualidad, es un ser perfecto, diverso y eso es parte del plan de la vida. La diversidad sexual es parte de la condición humana, la genética pasa a ser relevante para centrarse en las energías. El cuerpo es fuente de energía y un ente momentáneo que se encuentra en un proceso infinito de evolución. Muchas personas se vinculan a la búsqueda interior para realizar y asumir en plenitud la orientación sexual. Por tanto, no hay mucho lugar para preocuparse por la segregación y la exclusión. El amor va dirigido al alma, más que a la corporeidad.

Entre los principios comunes practicados en los círculos de mujeres sobresalen el no juzgamiento a los otros seres y la práctica de la escucha para enriquecer la empatía, lo que evidentemente enriquece la calidez de las relaciones humanas. Las lideresas en el seno de estos grupos son denominadas madres,

la mayoría son mujeres y ellas se relacionan íntimamente con la tierra y el amor. Sin embargo, también reconocen que, en algunos ámbitos, predomina el liderazgo masculino, ya no por un mandato explícito, si no que se ve más como una elección propia.

Lo personal y la interioridad de cada persona es lo central en el cambio, no hay intención de activismo e incidencia, es más, pueden llegar a ser distractores, lo más importante es el ser y lo que ese nuevo ser puede irradiar en la sociedad. Con las transformaciones personales se vienen generando otro tipo de transformaciones en planos que, incluso, desconocemos. Esto nos lleva a preguntarnos si estas nuevas formas de espiritualidad tienen tanto arraigo porque están en consonancia con las éticas individuales tan propias de nuestro tiempo: ¿Hasta dónde llega nuestro yo y hasta dónde ese yo es conformado en la relación con el otro? ¿Hasta dónde el replegarnos en nosotros mismos es un camino de transformación?